

insurgentes-red de antropolgías del sur-insurgentes
insurgentes-red de antropolgías del sur-insurgentes
insurgentes-red de antropolgías del sur-insurgentes
insurgentes-red de antropolgías del sur-insurgentes
insurgentes-red de antropolgías del sur-insurgentes
insurgentes-red de antropolgías del sur-insurgentes
insurgentes-red de antropolgías del sur-insurgentes
InSURGentes
insurgentes-red de antropolgías del sur-insurgentes
insurgentes-red de antropolgías del sur-insurgentes
insurgentes-red de antropolgías del sur-insurgentes
insurgentes-red de antropolgías del sur-insurgentes
insurgentes-red de antropolgías del sur-insurgentes
insurgentes-red de antropolgías del sur-insurgentes
insurgentes-red de antropolgías del sur-insurgentes
insurgentes-red de antropolgías del sur-insurgentes
insurgentes-red de antropolgías del sur-insurgentes
insurgentes-red de antropolgías del sur-insurgentes
insurgentes-red de antropolgías del sur-insurgentes

Foto: Profesor Esteban Emilio Mosonyi (año 2019), de Wendy Homsani.



LAS ANTROPOLOGÍAS DEL SUR, VÍAS DE ACCESO ORIGINALES Y EQUITATIVAS A UN SABER ANTROPOLÓGICO MÁS UNIVERSAL E INCLUYENTE¹

ANTHROPOLOGIES OF THE SOUTH, PATHS TOWARDS ORIGINAL
AND EQUITABLE ACCESS TO A MORE UNIVERSAL AND INCLUSIVE
ANTHROPOLOGICAL KNOWLEDGE

MOSONYI, ESTEBAN EMILIO

Escuela de Antropología, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales,
Universidad Central de Venezuela (UCV)

Caracas, Venezuela

Correo electrónico: eemosonyi@gmail.com

¹ Este texto fue leído por la doctora Rosa Irama Sulbarán ante las y los asistentes de la Mesa de trabajo La Red de Antropologías del Sur como propuesta de integración latinoamericana, presentada en el V Congreso de la ALA, en Bogotá, Colombia, junio 2017, por el doctor Esteban Mosonyi no pudo asistir al evento.





Se trata de un tema prioritario en la medida en que la discriminación y menosprecio, que de algún modo siempre han existido en torno al quehacer antropológico desarrollado en nuestros países, solo podrán ser subsanados cuando nosotros mismos declaremos y fortalezcamos nuestra autonomía frente a cualquier imposición a partir de los sedicentes centros hegemónicos “norteños” de excelencia académica, no solo en antropología sino en cualquier disciplina. Todo esto es muy importante, fundamental para nuestra consolidación como antropólogos del sur. Tal como lo traté de precisar en mi conferencia introductoria, para mí y para muchos/as colegas, nuestra identidad de “antropólogos del sur” es un hecho ontológico, nace de lo más profundo de nuestro ser y existir. Constituye una ampliación del archifamoso y kantiano “juicio sintético a priori”, reforzado por milenios de saberes y conocimientos indígenas de todos los rincones del mundo. Somos antropólogos del sur, aunque por el momento nos cueste dar definiciones precisas y argumentos transparentes, incluso para la ciencia más ortodoxa, aún muy afincada en el positivismo.

Hay, sin embargo, numerosos/as antropólogos/as respetables y de labor fecunda, oriundos del sur y actuantes en nuestro ámbito, que no opinan igual, pero lo hacen de buena fe; debemos respetar sin duda alguna sus ideas y proceder a una rica discusión intradisciplinaria, que seguramente nos traerá beneficios a todos. Sostienen varios contraargumentos con ideas bastante claras y precisas, no tan fáciles de rebatir; pero en eso consiste el desafío que es necesario enfrentar de la manera más sincera y pedagógica. Y es precisamente esto lo que vamos a intentar.

Para ahorrar palabras, tratemos de sintetizar dicho cuestionamiento lo mejor posible. Los colegas afirman, con pleno derecho, que la antropología es una sola, la identidad del antropólogo es única e indivisible, por lo cual no admite eti-

quetas ni compartimientos separados, de los cuales el concepto “antropólogos del sur” sería un ejemplo. En consecuencia, ellos temen una ruptura inminente, un divorcio disciplinario que repercutiría en lo personal y en lo profesional, al ser clasificados los antropólogos según sus lugares de origen y desempeño. De forma concurrente tienden a creer que tal desprendimiento redundaría en cierta pérdida de calidad en nuestras antropologías locales, por distanciarnos conceptualmente del establecimiento científico occidental, eurocéntrico, ortodoxo y obediente a determinado ordenamiento jerárquico que –por una u otra razón– no debiera ser desafiado. Sienten el peligro de apartarnos de las directrices de los centros mundiales de la excelencia científica y tecnológica –Estados Unidos y Europa Occidental en primer lugar– lo que traería consigo un mayor atraso, tal vez cierta folclorización, una ciencia de segunda o tercera, y no sé cuántas cosas más siguiendo el mismo hilo de razonamiento. A todo esto agregan la posibilidad de que en un próximo futuro tengamos aún menos figuración en los emporios del saber científico mundial, incluso que disminuyan nuestras publicaciones y otras formas de participación conjunta con nuestros pares nortños.

Ante tal cuestionamiento anunciado y esperado, intentaré responder con mi mejor talante, hasta con una empatía cariñosa, comprendiendo que nunca faltan, ante cualquier propuesta, algunos extremistas y ultrafundamentalistas –hasta agresivamente autistas– que en contextos de esta índole parecerían apuntalar este tipo de preocupaciones y prevenciones. Ya ha habido antecedentes de esa naturaleza. Al vislumbrar las raíces de tal suspicacia que no debemos descartar como gratuita, trataremos de explicar con suficientes argumentos que nuestra intención no es excluir a nadie ni ser excluidos. Entendemos perfectamente la unidad de los saberes humanos a un alto nivel de abstracción, sabemos que nuestra especie es una sola y que hay un Planeta que





nos alberga a todos. Lejos de negar la pertinencia del fenómeno omnipresente de la mundialización, intentaré transmitir con argumentos sólidos y creíbles que esta unidad más abstracta no colide sino que se complementa y se enriquece, dentro de una perspectiva de amplitud y creatividad, con las categorías de diversidad y pluralidad social y cultural. Un verdadero pluralismo existencial es necesario y hasta inevitable, si lo que nos interesa es salvar el Planeta, hacerlo un lugar habitable para el ser humano; mas al mismo tiempo sustentable desde una perspectiva ambiental y ecológica. El norte del Planeta no podrá seguir rigiendo el destino presente y futuro de todo lo existente: hace tiempo el sur –en nuestro caso la antropología o más bien los antropólogos del sur– están pidiendo la palabra. Sin pretender el monopolio de la verdad, nos atrevemos a asomar en tal sentido las consideraciones siguientes:

1. Sin una pizca de resentimiento o solipsismo esquivo, queremos reafirmar nuestra resistencia a ser discriminados o infravalorados como colectivo, como antropólogos de menor categoría, supeditados en lo teórico y lo práctico a la conducción por el estamento antropológico del norte, tal como esto se expresa en diferentes ámbitos y dimensiones. Caracterizar tal situación exige una buena dosis de pensamiento complejo, dada la multiplicidad de factores que allí intervienen. De manera que la propia noción de causalidad se desdibuja, observándose un conjunto de relaciones e interinfluencias recíprocas que conducen a una dinámica tramposa, en gran parte entrópica y fragmentaria, desde donde resulta difícil vislumbrar una salida en dirección a un cambio cualitativo de significación trascendente. En lo sucesivo, voy a trabajar mayormente con ejemplos deliberadamente dispersos tomados de la realidad venezolana, a sabiendas de que hechos parecidos se producen en los demás países del sur, estructuralmente similares al nuestro en múltiples aspectos.

Comencemos por la formación –básica y más avanzada– de nuestros propios antropólogos, incluidas nuestras primeras generaciones de pioneros, pero también las cohortes más recientes que continúan subsumidas en la misma problemática. Desde el comienzo de nuestra formación universitaria nos damos cuenta de que todas las teorías y metodologías nos vienen de afuera a modo de recetas y enlatados que tenemos que consumir, digerir de alguna manera y luego aplicar –si es que llegamos a esa fase– al estudio y en menor grado a la transformación de algunas de nuestras realidades. Ello es bastante lamentable, dado que en más de medio siglo de actividad académica antropológica –y aún desde antes– hemos tenido, pese a las dificultades, numerosos avances teórico metodológicos – más allá y junto a una riquísima producción empírica– pero casi todo ese material tan pertinente y significativo se ha quedado herméticamente encerrado en tesis y trabajos de ascenso, informes ministeriales, revistas de poca circulación, incluso en una hemerografía muy dispersa, cuando no totalmente inédito e irrecuperable. Mientras en el esplendoroso norte las corrientes y modas epistemológicas iban y venían, el statu quo académico nacional e internacional casi que nos obligaba–hoy quizás no tanto– a ser consumidores tardíos de todos esos productos foráneos, a veces de dudosa pertinencia y relevancia a nuestras realidades.

Para plantear otro escenario, cuando nuestros antropólogos salían al exterior a continuar y profundizar su formación, su sometimiento a esquemas foráneos se hacía –y se hace todavía– aún más riguroso y represivo, actuando como mecanismo de supervivencia o medio para buscar reconocimiento en ambientes académicos mucho más competitivos que el nuestro, donde los competidores locales disfrutaban de mayores ventajas. Algo similar ocurre en los grandes encuentros y congresos internacionales, y aun en los nacionales.





2. Debemos trabajar preferentemente nuestros propios temas y realidades, y lo estamos haciendo ya, en buena medida, bastante más que antes pero no en cantidad suficiente ni siempre con criterio autónomo; muchos de los nuestros utilizan todavía el término folclore para referirse a nuestras culturas tradicionales, con toda la carga de dependencia cultural que ello implica. Se emplean aún pseudo-conceptos como “grupos” indígenas, cuando ya la misma Constitución prescribe, mucho más certeramente, pueblos y comunidades. Sin embargo, el peso de una formación universitaria –en pregrado y tal vez más en postgrado– demasiado exocéntrica, el poco prestigio institucional de la antropología todavía vigente en el país, y los remanentes de vergüenza cultural que aún persisten entre nosotros, continúan limitando nuestra motivación y persistencia en el abordaje de la problemática venezolana, además de restringir nuestra independencia de criterio y libre creatividad. Son varios siglos de represión y auto-represión, que todavía se reproducen y actúan contra nuestros propios intereses. Inclusive a estas alturas, el investigador y la investigadora foráneos gozan de amplias ventajas, a la hora de profundizar y complejizar –a través de la especialización y sofisticación metodológica– las investigaciones más recientes sobre temas muy delicados como lingüística, biología humana y salud pública, arqueología, entre otros.

No es que nos falten muy buenos especialistas en casi todos los campos, pero seguimos batallando contra la falta de reconocimiento, la terrible indiferencia institucional, el ciego estereotipo de que “nadie es profeta en su tierra”, incluso la discriminación política: todo eso y mucho más constituyen los grandes y graves impedimentos que menoscaban nuestros trabajos. Pero no pueden ni jamás nos podrán “neutralizar”, convertirnos en meros burócratas y funcionarios de tercera, si es que no nos aplasta la angustiante tendencia a

desviarnos y sacarnos de nuestra profesión, frustrando tantas hermosas vocaciones de investigación-acción por un país mejor.

No nos carcome la envidia ni la mezquindad porque los investigadores foráneos –incluidos por supuesto los del norte– son hermanas y hermanos nuestros y comparten una muy similar orientación profesional. La investigación científica de calidad hecha con ética es buena, venga de donde viniere. Pero nos duele ver cómo ellos/as manejan presupuestos para nosotros altísimos, gozan de facilidades con las que ni siquiera soñamos y tienen las puertas abiertas para realizar sus publicaciones y difundir sus resultados. Hasta los trabajos comunitarios bien subvencionados bajo los términos algo coloniales de “trabajo de campo”, “*fieldwork*” y “*travail sur le terrain*” reflejan de algún modo nuestra minusvalía.

3. Obtener mayores o por lo menos suficientes recursos viene siendo para nosotros una necesidad prioritaria, una condición sine qua non, para lograr un creciente desempeño profesional, más allá de los halagadores resultados que –pésele a quien le pesare– aun con todas las limitaciones estamos cosechando. Aquí sucede también que uno o dos ejemplos ilustrativos muy a menudo valen más que varias páginas de reflexión teórica, por muy bien fundamentada que pueda ser. Vamos a referirnos siquiera por un momento a la situación que atraviesan unos antropólogos indígenas –algunos muy jóvenes– en nuestro país y, en medida aún mayor, los candidatos/as indígenas a engrosar nuestras filas. Un antropólogo piaroa muy honesto y preparado es un desempleado crónico, viviendo al borde de la miseria con su familia. Otro colega, un muchacho jiwi también amazonense, igualmente tiene dificultades para conseguir un trabajo adecuado, relevante para su pueblo y comunidad. Se me responderá que ante-



riormente la juventud indígena del país ni tan solo tenía acceso a la educación universitaria, y en ese sentido hemos tenido un verdadero progreso. Pero no es bueno dejar las cosas a mitad de camino. Las revoluciones políticas solo son tales cuando llegan a su verdadero cumplimiento: sin desviarse, retroceder o torcer su rumbo, causando así un grandísimo daño al sector poblacional que se intentaba promover con las mejores intenciones.

Los recursos no lo son todo, pero constituyen un renglón importantísimo, muy especialmente para la continuidad de los proyectos y el relevo generacional. Es muy dificultoso investigar y hacer una obra académica bien cimentada y de efectos duraderos sin tener acceso a los recursos necesarios, aun cuando muchos de nosotros hemos tenido que acostumbrarnos a los avatares de la llamada “ciencia pobre”. Por ejemplo en lingüística algunos hemos tenido que trabajar sin viáticos, en forma unipersonal y desprovista de todo equipamiento. La mayoría de los investigadores foráneos, en cambio, vienen con equipos que reflejan una tecnología de punta y disfrutan de una logística y comodidades desconocidas para los trabajadores culturales locales. Aun así, conviene anotar que el trabajo académico no ligado a los intereses de la gran empresa privada recibe cada vez menos financiamiento, incluso en los países ricos donde está todavía vigente la “antropología del norte”, hasta hace poco la única verdaderamente reconocida y aceptada.

Quiero insistir en que no basta con ofrecer becas y ayuda financiera para posibles candidatos, sino que es necesario ir a buscarlos, descubrir talento humano en todas las capas sociales, hasta las más humildes: los pueblos indígenas y afrodescendientes son importantísimos desde este punto de vista. El objetivo es evitar a toda costa cualquier discriminación social o cultural.



4. Nosotros, antropólogos y antropólogas del sur, tenemos el compromiso ineludible de enfrentar, diagnosticar, estudiar y en lo posible resolver una cantidad importante de problemas socioculturales, de salud pública y otros de diferentes magnitudes y grados de trascendencia, aun cuando en principio ningún problema es sencillo ni fácil de resolver. Por fortuna tampoco hay ninguno realmente inabordable. Sea lo que fuere, somos expertos –al menos comparativamente– en un campo de actividad múltiple y variable en el cual la mayoría de los/as colegas foráneos/as muestran obviamente poca versatilidad. A esto hay que agregar el hecho de que en los países del sur poco se nos ha utilizado –muy afortunadamente– para realizar actividades de espionaje y manipulación científica de poblaciones sometidas a dominación, asedio bélico y cosas aún peores. Este es un punto muy delicado que no es posible plantear in extenso en un exordio fundacional como pretende ser el presente papel de trabajo.

5. Lo que sí conviene enfatizar es la idea central de que es muy diferente hacer el estudio académico de un fenómeno, que comprometernos a buscar y encontrar soluciones, a veces bien complejas, a algunos problemas sentidos por la comunidad o cualesquiera otros que le atañen de una u otra manera. Allí es donde interviene la ética pero también la pericia profesional en múltiples vertientes, ciertamente nada fáciles en países dependientes que todavía no encuentran las vías hacia un desarrollo sustentable y con rostro humano. Reconozco que en ese terreno aún nos falta muchísimo camino por recorrer; no obstante, hemos alcanzado metas que otras antropologías, con mucha más apoyatura tecnológica, no han podido ni siquiera vislumbrar. A veces me parece que cuando un colega del norte está apenas arrancando para iniciar su salida al campo, nosotros ya estamos de regreso cargados de experiencias.





6. La coparticipación recíproca de los pueblos y comunidades –indígenas, afros, rurales, suburbanos, urbanos– en nuestra investigación-acción ha fortalecido nuestra antropología de tal manera que ya nos hemos convertido en una verdadera ciencia dura e inexpugnable, siempre en el mejor sentido del término. No seremos nunca una ciencia exacta –solo la matemática lo es, porque trabaja sobre la base de constructos preconcebidos– pero sí representamos un saber perfectible que se constituye por la interacción continua de sus sujetos devenidos en actores y autores, los cuales se complementan para corregir los errores con miras hacia la perfección. Para dar un ejemplo preclaro, es muy distinto investigar el idioma warao en una forma convencional –fonología, gramática, pragmática, discurso– que convocar una encerrona –como lo hicimos hace varios años– donde el investigador-motivador interactúa con dirigentes, educadores/as, chamanes y otros miembros de una comunidad warao, para producir un flujo discursivo libre e ilimitado en su propio idioma, con fines de problematizar aspectos de su realidad actual, y buscar claves para enfocar un futuro más promisorio.

7. Habría, en fin, muchas cosas más que plantear, pero creo haber arribado a un punto de mi exposición que hace inteligible y, mejor aún, vivenciable la urgente necesidad de constituirnos en una colectividad de antropólogos del sur, para construir creativamente y con verdadera autonomía nuestras propias antropologías. De este modo llegaremos a ser parte proactiva de un gran saber antropológico universal, multidiverso y polifónico en grado sumo, que seguirá ejerciendo un influjo creciente en el destino de la humanidad y del planeta entero. Al partir nosotros del sur terráqueo o de los distintos sures metonímicos, estamos haciéndoles una aportación máxima a las disciplinas antropológicas

del mundo, que consideramos necesarias e imprescindibles. Lejos de separarnos o desviarnos del mundo antropológico históricamente constituido, nos vamos convirtiendo en un bastión de importancia sin precedentes de lo que habrá de ser la nueva confederación de disciplinas antropológicas del mañana, con interlocución respetuosa e interrelación creadora entre sus multidiversas partes constitutivas. En resumen, si nos mantuviéramos indefinidamente como sector subordinado a una ciencia antropológica eurocéntrica y elitesca, nuestra contribución futura al conjunto sería muy limitada. Sin embargo, si seguimos transitando victoriosamente por las vías antropológicas del sur, no solo seremos mejores antropólogos sino que contribuiremos eficazmente a la salvación de nosotros mismos, de la humanidad, de la biodiversidad y del Planeta.



EN MOVIMIENTO

ANTROPOLOGÍAS